

UN PERFIL BIOGRÁFICO: VALENTÍN ANDRÉS ÁLVAREZ*

José Luis García Delgado
Universidad Complutense de Madrid

“Cada cierto tiempo, cuando la atmósfera se me hace demasiado irrespirable y me siento abatido y sin ganas de vivir, pienso en usted, siempre con buenos deseos.”

Hermann Hesse, en una carta a Thomas Mann, fechada el 21 de Marzo de 1935.

El largo y fecundo itinerario de Valentín Andrés Álvarez merece tenerse muy presente no solo por constituir un singular y gozoso ensayo de simbiosis entre ciencia y vida; también porque su biografía y su obra reflejan muchos de los mejores componentes y hallazgos de la cultura española contemporánea, como intentaré poner de manifiesto sintéticamente en estas páginas, refiriéndome primero al proceso de formación intelectual de este gran patriarca de los economistas españoles, para aludir después a las principales características de su brillante actividad literaria y científica.

1. EL HOMBRE QUE “SIEMPRE ESTÁ DEJANDO DE SER ALGO”

Los elementos formativos más relevantes que confluyen en las primeras etapas biográficas de Valentín Andrés Álvarez no son difíciles de rastrear con la ayuda de los datos que, a manera de tímidas y leves huellas, él mismo ha ido desparramando en la propia obra, aquí y allá, durante muchos años¹.

(*) Publicado en *Papeles de Economía Española*, n° 4, 1980, pp. 213-222.

(1) En otras ocasiones he expuesto ya algunos de los datos que ahora ofrezco: especialmente en *Homenaje a los profesores Valentín Andrés Álvarez y Emilio Alarcos Llorach*, Universidad de Oviedo, 1978; en *El placer de vivir y de escribir*, “Introducción” a Valentín Andrés Álvarez, *Guía Espiritual de Asturias y obra escogida*, Caja de Ahorros de Asturias, Oviedo, 1980, y en mi *Prólogo* de Juan Velarde Fuertes, *Las aportaciones económicas de Valentín Andrés Álvarez*, Universidad de Oviedo, Oviedo, 1980.

Oriundo de antigua familia avilesina por parte de la madre, que se casa con un farmacéutico leonés, Valentín Andrés Álvarez nace en Grado el 20 de julio de 1891: un año, por cierto, clave en la historia económica de la España contemporánea, al menos desde la perspectiva de la historia del proteccionismo arancelarios y del comercio exterior, tema al que Valentín Andrés Álvarez va a dedicar la investigación con la que alcanza el grado de doctor en Derecho, cincuenta años después.

De la escuela de su villa natal, recuerda muy bien los dos primeros libros venidos a sus manos: uno de Aritmética y otro de lecturas. Como él gusta repetir, cuantos libros ha leído después –y hasta cierto punto también los que ha escrito, puede decirse– no se diferencian gran cosa de aquellos: o son de cuentas o de cuentos.

Ya graduado en adolescencia, pues, según confesión propia, si grande fue el aprovechamiento de los estudios secundarios no menor favor obtuvo de sus “amoríos secundarios”, a los dieciséis años se produce su primer contacto con la Universidad de Oviedo: en el año académico de 1906–7 es alumno del curso preparatorio para el ingreso en las Facultades de Ciencias, Farmacia y Medicina, beneficiándose entonces del magisterio de Rogelio Masip en Matemáticas y de Demetrio Espurz en Física, y también de las lecciones de Historia Natural de Francisco de las Barras de Aragón y de las de Química de Urius.

Concluido ese curso, en el otoño de 1907 viene a Madrid y, el que luego va a ser aplaudido autor dramático, se instala en la calle del Príncipe, frente al Teatro de la Comedia, al tiempo que se matricula en la Facultad de Farmacia. Un año después lo hace también en la Facultad de Ciencias de la Universidad Central, para seguir los estudios de la rama de Física y Matemáticas.

En apenas tres años, esto es, en el verano de 1910, se licencia en Farmacia y en 1912 culmina los estudios de Ciencias. Pero, a pesar de tan brillantes resultados, en el Madrid castizo de los primeros años del siglo, Valentín Andrés Álvarez no solo ocupa su tiempo en el estudio. A otras disciplinas se somete también. Por ejemplo, y con todo entusiasmo, a la del baile y, muy particularmente, a la de los bailes populares, que le interesan tanto como las clases de la Universidad, hasta convertirse pronto el antiguo estudiante de piano en Grado –desde 1898 recibió clases de Arturo Cuesta, hijo del poeta Teodoro Cuesta– en un consumado bailarín. Asimismo practica también en esos años del segundo decenio del siglo otro placentero ejercicio: la frecuentación, hasta hacerse uno de sus habituales, del Ateneo de Madrid: del irrepetible Ateneo madrileño de Valle Inclán y de personajes insólitos, como aquel gran admirador de Ibsen que, para poder leer las obras del autor de *Casa de muñecas* en su idioma original, estudió sueco con ahínco durante tres años, y solo cuando lo aprendió supo que Ibsen era noruego.

La actividad académica de Valentín Andrés Álvarez en los años inmediatamente siguientes va a estar determinada por los buenos consejos de otro personaje genial: ese “Sócrates de café” que fue Laureano Díez Canseco, catedrático de Historia del Derecho Español de la Universidad de Madrid desde 1910 y tío carnal de Valentín. Buenos consejos que le con-

ducen a éste, por una parte, a ingresar en 1912 en el Laboratorio de Investigaciones Físicas, que dirige a la sazón Blas Cabrera, donde comienza a interesarse por la Astronomía estelar; y, por otra parte, a seguir durante el curso de 1912-13 las lecciones que dicta quien desde hace muy poco –desde noviembre de 1910, para ser exactos– es el sucesor de Nicolás Salmerón en la Cátedra de Metafísica de la Universidad de Madrid: José Ortega y Gasset, cabeza indiscutida de toda una generación de intelectuales españoles. Física, pues, por un lado, Metafísica, por otro: la formación universitaria de Valentín Andrés Álvarez, plural, amplia, diversificada, no puede calificarse sino de modélica. Y bajo una tutela, en ambos campos, ciertamente generosa. Pues si en el primero tiene como profesor, además del ya citado Cabrera, a José Echegaray en los cursos de Doctorado, que inicia en la Facultad de Ciencias en 1914, en Filosofía las clases de Ortega, en las que se lee a Platón y a Kant, Valentín Andrés las comparte con Francisco Giner, con Gumersindo de Azcárate, con Zaragüeta y con el propio Díez Canseco, entre otros.

La convivencia con tan destacados –y, en algún caso, ya venerables– maestros, no le impide a Valentín Andrés seguir avanzando también, simultáneamente, por ese otro camino que conduce a una vida plena y gozosa, y que en él tan paradigmáticamente está representada en su afición al baile. Desde 1912, además, Madrid, con la inauguración del *Hotel Palace* y *Maxim's*, abre nuevas ventanas al cosmopolitismo: y el pasodoble, la polka, la habanera, el vals o el chotis ceden su primacía al tango argentino –que vino de París y no directamente de Buenos Aires– y el fox trot. Y así, con la *Crítica de la razón pura* bajo el brazo, casi todas las tardes, a la salida de la clase de Ortega, el apuesto bilarín practica su afición favorita en *Maxim's*, de tal forma que los mismos oídos que recogían momentos antes graves problemas metafísicos, reciben poco después las melodías porteñas, produciéndose una suerte de contacto cósmico de la categoría Kantiana y el tango argentino, emparejamiento no por extraño poco fértil: “tengo a todas mis obras por hijas de él”, ha escrito en más de una ocasión el propio Valentín.

El año 1914 tiene también particular interés en su biografía. En octubre se matricula, como ya he adelantado, en los cursos de Meteorología, Física Matemática y Astronomía Física del Doctorado de Ciencias Físicas. Asiste, asimismo, por sugerencia del propio Ortega, a las clases de Ética del nuevo catedrático de la disciplina en la Universidad de Madrid: Manuel García Morente. Y por indicación de este último, entra a formar parte del cuadro de profesores de una de las más representativas obras de esa irrepetible creación de Giner de los Ríos que fue la Institución Libre de Enseñanza: me refiero a la Residencia de Menores, antecedente, a su vez, del Instituto-Escuela. Y es también en 1914 –por qué no señalarlo– cuando se abona a una barrera *del 9* de la Plaza de Toros de Madrid, abono que solo cancelará al morir Joselito, cinco años más tarde, no sin haber formado antes una gran biblioteca de Tauromaquia.

Al año de terminarse la I Guerra Mundial, nuestro singular personaje se va a París, donde permanece desde octubre de 1919 hasta la primavera de 1921. Dos polos de atracción motivan su estancia en la capital francesa: uno, que sirve para justificar el viaje, es la posibilidad de ampliar estudios de Astronomía en la Sorbona; otro, el más auténticamente sen-

tido, es el de conocer el fascinante mundo bohemio y literario parisino que le han descrito algunos amigos.

El año y medio a orillas del Sena, en cualquier caso, se acaba mostrando de todo menos estéril para la biografía de Valentín Andrés Álvarez. Puede decirse que ahí nace su doble vocación como escritor y como economista. Y que entonces alcanza la máxima maestría en su cotidianamente ejercido oficio de bailarín. El azar y la necesidad se alían una vez más para explicarlo. El primero, en forma de libro casualmente encontrado en un pupitre de la Biblioteca de Santa Genoveva: El *Manual de Economía Política* de Vilfredo Pareto, que suscita en Valentín Andrés la inicial curiosidad por esta ciencia. Lo segundo, lo necesario, viene dado por el ambiente literario y vital tantas veces evocado del París de la postguerra. Al comienzo de los años 20, en efecto, París no solo es una fiesta para los siempre trabajosos ensayos de Joyce o los geniales hallazgos poéticos –y de poetas– de Ezra Pound, o para las bravatas de Hemingway o las cursilerías de Scott Fitzgerald; lo es también para cientos de jóvenes españoles y latinoamericanos que buscan en París motivos de inspiración y alicientes para la creación artística.

De Francia regresa Valentín Andrés con nuevos proyectos. Por lo pronto, se ocupa de la edición de su primer libro, que es un tomito de poemas, titulado *Reflejos*, aparecido en 1921. En seguida, entra también en contacto con los círculos literarios más vanguardistas del momento; en particular, con Ramón Gómez de la Serna, a quien conoce en las tertulia de Ortega, y con los representantes del *ultraísmo*, capitaneados por un inefable Paco Vighi, todo lo cual le permite prolongar su experiencia *dadísta* vivida en París de la mano de Apollinaire y Tristan Tzara. Y al mismo tiempo, por consejo de nuevo de Laureano Díez Canseco, comienza a estudiar Derecho como alumno libre, precisamente en la Universidad de Oviedo, donde entre 1922 y 1924 cursa todas las asignaturas de la Licenciatura, a excepción de Economía y Hacienda, que prefiere seguir en la Universidad de Madrid y en la Cátedra de Flores de Lemus, a quien ha sido presentado al regreso de Francia por su más fiel protector: Díez Canseco.

El encuentro con Flores de Lemus, el más destacado de los economistas españoles de la primera mitad del siglo XIX, el creador de la más amplia escuela española hasta hoy de catedráticos y profesores de Economía –desde Ramón Carande y Luis Olariaga a Manuel de Torres y José Castañeda–, el encuentro con Flores, insisto, es, así, la última estación en el variado, rico y apasionante recorrido formativo de Valentín Andrés Álvarez. Una etapa que se prolonga desde 1926 hasta el inicio de la Guerra Civil, y en la cual Valentín Andrés, como profesor ayudante de Flores, completa su formación en Economía. Estación final de un recorrido formativo –por la literatura, por las ciencias exactas y la ciencia social, y también por las mil caras de lo mundano y del ocio–, que acaba mostrándose a la vez extraordinariamente fecundo, cuando Valentín Andrés Álvarez (el hombre que “siempre está dejando de ser algo”, como dirá admirativamente Ortega) aplique su talento a ensayar la creación literaria o científica.

2. LITERATURA Y ECONOMÍA

Convendrá referirse ahora por separado a los dos campos diferentes, el propiamente literario y el científico, que abarca la producción intelectual de Valentín Andrés Álvarez, aunque algunas características de su trabajo como autor sean idénticas en uno y otro ámbito, como luego señalaré.

Respecto a su labor de creación literaria, me voy a permitir destacar tres sucintos extremos:

- Los años en que Valentín Andrés cultiva la literatura como autor son fundamentalmente los del decenio de 1920, publicando prácticamente toda su obra de esta naturaleza entre 1921 –su primer libro, titulado *Reflejos*, un tomito de poemas– y 1930, año de la aparición de su relato novelado *Naufragio en la sombra*.

- El segundo hecho que señalaré con relación a su actividad literaria es la pluralidad de manifestaciones en que se expresa. Efectivamente, Valentín Andrés cultiva tanto la poesía –ese librito primerizo antes citado–, como el relato novelado –con dos títulos de gran relieve: *Sentimental-Dancing*, de 1925, donde recrea sus aventuras en el París de la postguerra, y el ya también citado *Naufragio en la sombra*, de 1930–; y cultiva tanto el teatro –con otros dos títulos importantes: *Tararí* (una farsa cómica estrenada con extraordinario éxito en el Teatro Lara de Madrid el 25 de septiembre de 1929) y *Pim, Pam, Pum*, un título que sin conocer el de Valentín utilizará veinte años después Ionesco–; tanto el teatro, repito, como el cuento o el ensayo vanguardista que se resiste a su catalogación en género literario alguno.

- El tercer lugar, otro dato que me parece relevante es la participación de Valentín Andrés Álvarez, como autor literario, en algunas de las empresas culturales más cualificadas y prestigiosas del momento: así, destaca su presencia en la fundación, junto a Guillermo de Torre y Benjamín Jarnés, de la Revista *Plural*, en 1925; y destaca igualmente su colaboración desde los números iniciales en la que a partir de 1923 va a ser la pionera, en calidad y audiencia, de las Revistas cultas españolas: *Revista de Occidente*, sobre todo en aquella primera hora de su existencia, en la que se daban a conocer o se consolidaban en sus páginas los nombres de Dámaso Alonso, José Bergamín, Gerardo Diego, Rafael Alberti y un larguísimo etc., bajo la dirección del todavía joven e ilusionado José Ortega y Gasset. La colaboración en estas *Revistas* es, además, simultánea a la participación de Valentín Andrés en los cenáculos de escritores y en las tertulias literarias de mayor eco en la España de los años 20: principalmente la tertulia de Ortega (en “La Casa del Libro”) y la que, según todos los testimonios, ha sido la tertulia “más absurda, más pintoresca y más divertida” que probablemente nunca haya existido: la de Ramón Gómez de la Serna en el Café de Pombo.

Estos tres rasgos –relativos al tiempo, al género y al ambiente de las creaciones literarias de Valentín Andrés Álvarez– son precisamente los que permiten considerar a nuestro autor como integrante de la *Generación del 27*, pues en su ámbito “trabajó activamente”, según ha recorda-

do no hace mucho el propio Dámaso Alonso², añadiendo un valioso testimonio a los que ya he dado: su asiduidad a las tertulias de Ortega y Ramón (y su nunca ocultado ramonismo), su participación en casi todos los *ismos* de los años 20, su destacada presencia en los pasos iniciales de *Revista de Occidente* y de otras plataformas de ensayos literarios en la España de los años 20.

Hasta aquí la referencia a este primer ámbito de la obra de Valentín Andrés Álvarez: el literario, sobre el que existe un trabajo todavía inédito: la *Memoria* de Licenciatura de Virginia García Gontán, presentada en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Madrid en octubre de 1974, con el título de *Vida y obra de Valentín Andrés Álvarez*, y en cuyo *Apéndice II* se encuentra una muy completa relación de la producción literaria de nuestro autor.

A su obra como economista, por otro lado, le ha dedicado un extenso estudio –que antes ya he mencionado– Juan Velarde Fuertes: el titulado *Acerca de las aportaciones económicas de Valentín Andrés Álvarez*, en el que se ofrece un documentado análisis de la obra científica de don Valentín, y al que por eso remito en este punto. Aquí tan solo, con objeto de no repetir lo señalado en dicho estudio, quiero realzar tres datos de la obra como economista y profesor de Economía de Valentín Andrés:

– El primero es también la delimitación temporal y espacial de su ejercicio como profesor de Economía, esto es, como docente. Ya he anticipado antes cómo hay que esperar a la segunda mitad de los años 20 para que la inicial curiosidad de Valentín Andrés Álvarez por la Economía –a raíz del casual conocimiento de la obra de Pareto– se transforme en resuelta inclinación vocacional. La decisión formal la toma al terminar los estudios de la Licenciatura de Derecho, y se traduce de inmediato en su incorporación al privilegiado grupo de profesores ayudantes de Flores de Lemus en la Universidad Central. Y aquí es donde en 1930 se afianza finalmente su resolución de dedicarse a la enseñanza de la Economía Política de la Universidad de Oviedo, por jubilación de Isaac Garcerán, el ayudante de Flores toma la decisión de preparar la oposición a esa Cátedra. Por diversas circunstancias, dicha preparación va a prolongarse durante toda una década, pues no se convoca la plaza hasta 1941. En esa misma fecha, Valentín obtiene el grado de doctor en Derecho por la Universidad de Madrid, con una tesis sobre *Valoraciones del comercio exterior de España*, y al año siguiente, en 1942, en el mes de julio, obtiene en oposición libre la Cátedra de Economía Política y Hacienda Pública de la Universidad de Oviedo. En ésta explica todo el curso de 1942-43, pero tan solo el primer trimestre del siguiente, pues en Comisión de Servicios es trasladado al iniciarse 1944 a la Universidad de Madrid, para hacerse cargo de una de las cátedras de Teoría Económica y de uno de los Vicedecanatos en la nueva facultad de Ciencias Políticas y Económicas, cuya primera clase tiene lugar el 16 de febrero de dicho año.

(2) En su contribución al *Homenaje a los profesores Valentín Andrés Álvarez y Emilio Alarcos Llorach*, *op. cit.*, p. 51.

Es, de hecho, en este último centro académico donde Valentín ha realizado casi toda su carrera como docente universitario: una carrera que no dura más de 15 años –obtiene la Cátedra de Teoría Económica en la Universidad de Madrid por oposición el mes de noviembre de 1945 y se jubila, siendo Decano de la Facultad, en 1960–, pero que va a dejar una honda huella en todas las promociones de economistas que pasan por las aulas en las que Valentín Andrés Álvarez, bien al explicar el Curso de *Introducción a la Economía*, bien como encargado de la asignatura *Historia de las Doctrinas Económicas*, ofrece día a día su atractivo magisterio, hecho, como toda su obra literaria y científica, de sencillez y al mismo tiempo de precisión.

– El segundo hecho que elijo para destacar de la obra como economista de Valentín Andrés está referido a su tarea como investigador y autor de trabajos propios o en colaboración de carácter científico. Esta manifestación de su labor intelectual se inicia con los años 40 –con la realización de su tesis doctoral, ya citada– y se prolonga creadoramente durante 35 años, pues si bien su último gran trabajo de este tipo publicado data de 1974– una introducción al *Tableau Economique* de Quesnay–, todavía en octubre de 1975 (con 84 años cumplidos) pronuncia una solemne y magistral lección sobre los “indianos” y la repatriación de capitales americanos al inaugurarse la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales de la Universidad de Oviedo. Y es una tarea intelectual como investigador de temas económicos que se realiza fundamentalmente en torno a cuatro plataformas: la primera, la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas de la Universidad de Madrid; la segunda, el Instituto de Estudios Políticos (que edita la *Revista de Economía Política*), Instituto con el que Valentín colabora desde el comienzo de los años 40 merced a las gestiones y al interés de Ramón Carande y de Fernando María Castiella; la tercera, el Servicio de Estudios y Publicaciones del Banco de Urquijo, bajo cuyo patrocinio se edita la otra revista en la que aparecen los ensayos de Valentín Andrés: *Moneda y Crédito*; siendo la cuarta plataforma la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, para la que es elegido en 1948, aunque no ingresa hasta 1952.

– El tercer punto que destacaré es el relativo a los temas que aborda más reiterativamente Valentín en su obra como economista. Cuatro son estos temas, según ha sabido destacar el profesor Fuentes Quintana³: la lucha contra la desigualdad; la definición de un sistema que asegure las libertades económicas; el análisis de las interdependencias de los distintos sectores, intérpretes y regiones de una economía nacional; y la búsqueda de enseñanzas en la obra de los grandes maestros, de los clásicos. Cuatro temas, que polarizan la atención de Valentín Andrés Álvarez y que le conducen a elaborar o impulsar diversos estudios, tanto de alcance teórico como de economía aplicada, en un alarde a la vez de saber acumulado y de intuición, como se pone de manifiesto, por ejemplo, en sus trabajos sobre formas y terminología del mercado y en su labor de dirección de los primeros estudios de análisis de las relaciones interindustriales y de Contabilidad Nacional realizados en España.

(3) En su contribución a ese mismo *Homenaje ...*, *op. cit.*, pp. 20-24.

3. UN "ARTESANO INTELECTUAL"

Quiero recapitular, a manera de epílogo, los tres rasgos más sobresalientes que, en conjunto, destacan de una vida y una obra ricas y polifacéticas como pocas:

– El primero es el ejemplo que en Valentín Andrés Álvarez encontramos de un auténtico hombre culto, con una formación plural y una práctica intelectual igualmente diversificada. Un ejemplo, por tanto, de verdadero universitario, en el sentido más riguroso del término. Pues Valentín Andrés Álvarez, gran maestro de Economía y autor literario de relieve, ha sabido mantener siempre un admirable interés por los temas más apasionantes de la cultura de su tiempo. Una persona, en definitiva, poseedora de esa cultura que hace compatible ramas muy distintas del saber y del arte, y que permite simultanear la reflexión científica con esa capacidad para suscitar lo maravilloso o para provocar estupor que, según la conocida consigna de Giambattista Marino, es el distintivo del verdadero artista. Valentín Andrés, en suma, representa todavía ese estado feliz de la cultura y de la ciencia que hace compatible el cultivo de Platón o de Hegel con el análisis Input-Output o el cálculo diferencial, y que permite simultanear la recreación de los estudios de David Ricardo con el arte de "Clarín" o de Shakespeare. Estado feliz de la cultura y de la ciencia, que, por lo que se refiere a la Economía en concreto, no hace sino remitir a sus orígenes primeros, cuando todavía recibía protección y savia del gran tronco común de los estudios humanísticos y, en particular, de la "Filosofía Moral" que enseñaba el maestro de Adam Smith.

– El segundo rasgo modélico de Valentín Andrés Álvarez es el que lo convierte en un ejemplo de intelectual, de economista y de escritor, tan brillante como modesto. En más de una ocasión se ha dicho que en Valentín Andrés encuentra su objeto preciso la muy conocida y enfática definición que dio Keynes del "gran economista", como poseedor de una rara combinación de dotes. Pero don Valentín ha sido siempre un gran economista enemigo de protagonismos innecesarios, y su trabajo lo ha hecho con sosiego, sin compulsividad, sin ruidos: más bien, actuando siempre sigilosamente, con disimulo, aunque con la pulcritud, el detalle y la honestidad intelectual que son propias del verdadero "artesano intelectual", en el sentido que a esta expresión diera Wright Mills.

– En tercer lugar, Valentín Andrés es también en muchos aspectos un maestro del más arduo de los aprendizajes y de la más rara de las sabidurías: el oficio de vivir. Pues él encarna asimismo ese difícil equilibrio entre tradición y modernidad, entre liberalismo y compromiso, entre rigor y cordialidad, entre formalismo y humor, y entre sentido de la responsabilidad y actitud hedonista que es el distintivo de quienes son a la vez buenos ciudadanos y personas que nunca renuncian a la felicidad, a la consecución del placer. Sí, he aquí un maestro de la cultura de vivir, al que ninguna situación adversa le ha hecho perder ese admirable humor asturiano que tan bien revelan todas sus obras, todas sus charlas, todas sus actuaciones. Quizás el único español que ha hecho compatible, en definitiva, la tertulia de aquel frívolo genial que fue Ramón Gómez de la Serna con la severidad de la Cátedra del circunspecto Antonio Flores de Lemus.

Estas son las tres facetas de la personalidad de Valentín Andrés Álvarez que propongo como reflexión final. Muchos otros aspectos podrían losarse de un itinerario biográfico que parece recrearse en la superación de dualidades aparentemente irreconciliables: “las matemáticas” y el dadaísmo, la cátedra y la vanguardia, la tradición oral y la escritura creadora, el ocio y la investigación, la cultura popular y la sabiduría sin fronteras, la física y la metafísica, las ciencias y las letras, el sentimiento –y compromiso– regional y la pasión indesmayable por lo universal”, como ha escrito Juan Cueto en un brillante ensayo sobre el humor y el rigor en Valentín Andrés Álvarez⁴. Muchos otros méritos y títulos, en efecto, podrían comentarse de este hombre distinguido, de este pulcro y apuesto anciano de 90 años, que hoy se ocupa de escribir sus *Memorias* y algún que otro ensayo literario –como la ya citada *Guía espiritual de Asturias*, que acaba de publicarse– o que se distrae releendo los *Principia Mathematica* de Newton –en el idioma de Cicerón, naturalmente–, cultivando como siempre la pasión de la palabra compartida, de la conversación amigable, pulcra y ociosa, con ese plácido y agudo semblante que le libera de toda sospecha de haber cometido el peor de los pecados que un hombre puede cometer: no haber sido feliz, según la conocida sentencia de Jorge Luis Borges.

(4) Vid. “Introducción” a Valentín Andrés Álvarez, *Guía espiritual*, *op. cit.*, páginas 18 a 27.

Valentín Andrés Álvarez: cercana lejanía*

La húmeda brisa de otro hermoso otoño asturiano, hace veinte años, se llevó a uno de los hombres más respetados y queridos que he conocido, y conste que ya alcanzo un alto grado en «el escalafón de la vida», por decirlo con la sabia ironía de Sabino Fernández Campo. Sí, fue un día otoñal, en su villa natal de Grado, cuando Valentín Andrés Álvarez, con el mismo estilo con que siempre había vivido, es decir, con elegancia y discreción a un tiempo, nos dijo adiós a cuantos habíamos gozado de su saber y de su bonhomía. Yo sólo le traté, aunque intensamente, en los años de su fresca ancianidad; pero aún entonces, con ochenta años cumplidos, Don Valentín comunicaba aquella mezcla de inteligencia y de sencillez, de agudeza y sosiego, de curiosidad intelectual y de gozo por la vida que le fue siempre característica.

Es un placer, en todo caso, compartir su recuerdo. Servirá para ello anotar algunos aspectos de su personalidad que la distancia, en vez de borrar, va resaltando. El primero es el modo de trabajar de don Valentín; un modo de trabajar que era todo un estilo de vida: aquella su ejemplar manera de entender y practicar el oficio de escritor y de profesor universitario, combinando competencia y sencillez, equilibrio y temple; sin prisas nunca, pero con constancia, con disciplina: «trabajar con disciplina para vivir con libertad», escribió alguna vez refiriéndose a las gentes que desde el medio rural apostaban por asentarse en las ciudades industriales. Eso es lo que le permitía dar a cada una de sus clases y a cada uno de sus escritos el buen acabado que los distinguía: el buen acabado que sólo proporciona el esmero, el hacer las cosas —cualesquiera que sean— con arte, con finura, «por el puro gusto de hacerlas bien», por la satisfacción simplemente de poner lo mejor de uno mismo en lo mínimo que se hace, a sabiendas de que ése es el mejor medio de que disponemos los hombres para oponer a lo efímero de nuestra vida y al caos del mundo la apariencia de un orden o de una belleza perdurables, diciéndolo con ese buen escritor que es Luis Landero.

El segundo rasgo que debe destacarse es la condición de don Valentín como hombre de paz, en el más primigenio y hondo sentido de la expresión. Hombre de paz, de conciliación, de diálogo. Llegó a ejercer informalmente como tal —algo así como de *juez de paz*— entre sus paisanos de La Doriga, y así se comportó siempre, lo que no deja de ser meritorio en un país con ganada fama de bronco («inculto y duro», decía Fray Luis de León; «intratable pueblo de cabreros», escribió tres siglos después Gil de Biedma). En la tertulia o en la cátedra, tanto en el Ateneo como en el Decanato, don Valentín, hombre de convicciones, predicaba con el ejemplo de la educación, de la falta de compulsividad, del saber

(*) Publicado en el diario *La Nueva España*, 24 de noviembre de 2002, p. 38.

escuchar, del decir pausado y reflexivo acompañado de esa dosis de suave ironía, de humor hacia adentro, que es propia de las mejores gentes de Asturias.

Un último rasgo compendia, en fin, la personalidad de don Valentín: su capacidad para ser feliz. Lo que quiere decir que era, en efecto, muy inteligente, pues la inteligencia no es sino la facultad de orientar el comportamiento hacia la consecución de la felicidad. Y yo creo que don Valentín fue feliz, muy feliz, incluso: eso es lo que desprendía su semblante y su porte; eso es lo que, después de cualquier conversación con él, quedaba en el ánimo del interlocutor. Es lo que podía deducirse, desde luego, sintiendo la morosa delectación con la que fumaba cada pitillo o paladeaba cada trago de cerveza o miraba, antes de beberlo, cada culín de sidra. Es también lo que expresaban sus opiniones sobre unas u otras personas y situaciones, juicios nunca agresivos, jamás hirientes, buscando siempre el flanco más cordial de cada cual o aligerando la entidad de lo no recomendable.

Para nuestra suerte, para cuantos le quisimos, algo de aquella su felicidad se nos ha transmitido, nos ha impregnado. De modo que, aunque ya desde hace veinte años sintamos el vacío de su definitiva lejanía, su recuerdo sigue siendo una llamada a la plenitud de la vida:

«Eres nube, eres mar, eres olvido.
Eres también aquello que has perdido».

